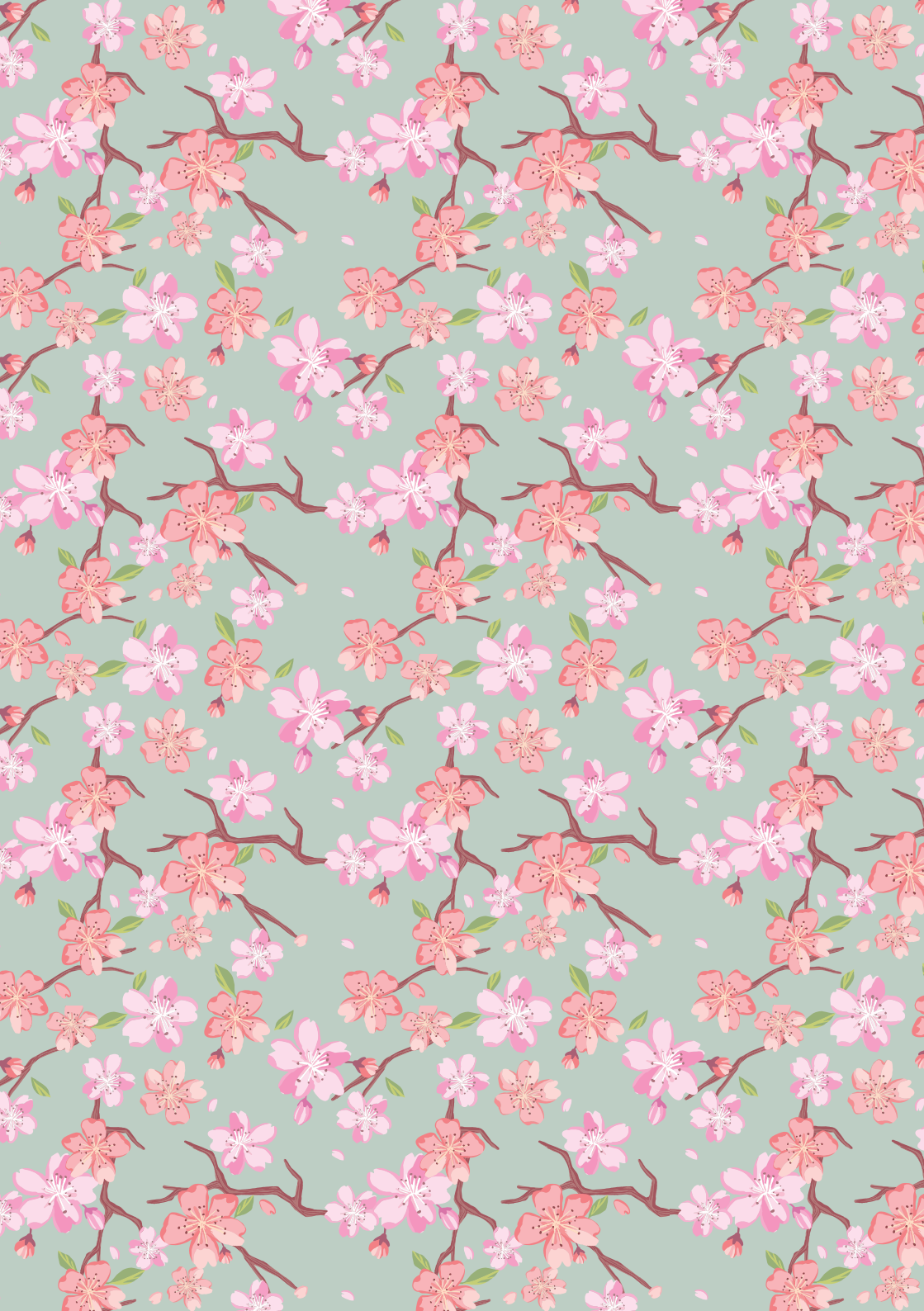


Doméstika

ARTE • TRABAJO • FEMINISMOS

5^{TO} Encuentro
IBEROAMERICANO
de arte, trabajo
Y ECONOMÍA
(SEIATE)



PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE CULTURA Y PATRIMONIO

Juan Fernando Velasco

**DIRECTOR (E) DEL INSTITUTO DE
FOMENTO DE LAS ARTES, INNOVACIÓN
Y CREATIVIDADES**

Bernardo Cañizares

DOMÉSTIKA: arte, trabajo, feminismos

5^{to} Encuentro Iberoamericano de Arte, Trabajo y
Economía (5EIAE), 2018

Paulina León Crespo, Gabriela Montalvo Armas,
María Fernanda Troya

Quito: FLACSO, 2019

Textos

Amparo Armas Dávila, Paulina León Crespo,
Gabriela Montalvo Armas, Patricio Rivas,
Glenda Rosero, Alejandra Santillana Ortiz,
Paulina Simon, María Fernanda Troya,
Cristina Vega, Paola de la Vega

Edición de textos

Mauricio Montenegro

Diseño y diagramación

Isabel González

Lettering y portada

Carolina Iturralde

Fotografías

Jennifer Pazmiño, Tania Navarrete, Paulina León

ARTE ACTUAL FLACSO

La Pradera E7-174 y Av. Diego de Almagro

Quito / Ecuador

www.arteactual.ec

arteactual@flacso.edu.ec

ISBN: 978-9978-67-514-4

Impreso por **HOMINEM**,
octubre 2019, Quito – Ecuador

La reproducción parcial o total de esta publicación, en cualquier medio
mecánico o electrónico, está permitida siempre y cuando sea autorizada
por los editores y se cite correctamente la fuente.



EL
GOBIERNO
DE TODOS

“Este material se realizó como resultado de la Convocatoria pública para apoyo institucional a la
movilidad, participación y representación internacional de artistas y trabajadores de la cultura del
Instituto de Fomento de las Artes, Innovación y Creatividades”

Introducción	II
Doméstika: arte, trabajo, feminismos	
5 ^{to} Encuentro Iberoamericano de Arte, Trabajo y Economía (5EIAE)	
Paulina León, Gabriela Montalvo Armas y María Fernanda Troya	
Economías feministas y trabajo en el arte	
- Des/armando imágenes de lo doméstico, del cuidado... ¿y del arte?	23
Cristina Vega	
- La precariedad en el trabajo del arte desde la perspectiva de la economía feminista	51
María Gabriela Montalvo Armas	
- El trabajo afectivo y el trabajo instrumental en la precarización laboral de los actores culturales	61
Paola de la Vega	
- Feminismos del desborde: La materialidad del cuerpo que crea y la organización de la esperanza	71
Alejandra Santillana Ortiz	
Narraciones doméstikas	
- Al carajo con la sopa	95
Paulina Simon	
- Un papá presente	107
Patricio Rivas	
- Yo materno	113
Glenda Rosero	
Experiencias durante el encuentro	
- Una mirada a la economía feminista: sostenibilidad de la vida vs. mercado. Herramientas para el análisis del trabajo artístico	121
Amparo Armas Dávila y María Gabriela Montalvo Armas	
- Zoco, experimento social de adquisición de arte	129
Paulina León Crespo	
Conclusiones	139
Cuidar, crear, reproducir la vida. Lo que los actores del arte y la cultura podemos aprender de los feminismos en movimiento	
Paulina León, Gabriela Montalvo y María Fernanda Troya	
Reseñas biográficas	148

Economías feministas y trabajo en el arte



Obra de Sol Gómez en Zoco. Fotografía: Paulina León

Des/armando imágenes de lo doméstico, del cuidado... ¿y del arte?

Cristina Vega

Desde la economía feminista

Sin duda es provocadora la invitación para pensar sobre trabajo, arte y feminismos bajo un título tan sugerente, *Doméstika*, con el fin de investigar los cruces entre lo doméstico, el cuidado y la producción artística. Aprovecho entonces para lanzar algunas imágenes sobre lo doméstico con el objetivo de suscitar esta llamativa intersección: representaciones comunes acerca del trabajo doméstico y de cuidados que contrastan con el imaginario que solemos tener sobre el arte. Pero antes me gustaría decir algo sobre el marco en el que se desarrolla la reflexión: la economía feminista.

Lo que esta última propone es una *redefinición de lo económico*. Para empezar, cuestiona los presupuestos de la acción económica; esta comienza narrando transacciones que se conducen por el valor, siendo un resultante del mercado autorregulado (cierta concepción de él), donde los sujetos del tipo individuo se conducen exclusivamente por el afán maximizador, desembocando todo ello en un equilibrio natural. Esta narrativa de la vida económica es, sin duda, una idealización. Frente a ella, encontramos que la experiencia económica es algo mucho más rico y complejo, algo mediado por los vínculos sociales, donde puede existir beneficio, pero este no es exclusivamente monetario o dirigido a la acumulación, y donde además de individuos operan colectividades (comunidades, familias, etc.) que protagonizan intercambios y colaboraciones en las que se ponen en juego distintos haberes (lazos, emociones, bienes, demostraciones de estatus y prestigio, regalos, etc.). Lo que se demuestra con todo esto es, como ya advirtiera Polanyi (1989), que lo económico está incrustado, embebido en la vida social.

Un segundo aspecto que se pone en cuestión en esta visión estrecha de lo económico es todo lo que invisibiliza. Del famoso *iceberg* económico, alcanzamos a ver apenas la punta, lo que sobresale, el mercado. Por debajo queda no solo el trabajo no remunerado que hacemos las mujeres en los hogares y en sus confines de forma gratuita, sino también la agricultura de subsistencia, distintos trabajos cooperativos que no están vinculados al ingreso y las relaciones laborales, así como también, en la base, la propia naturaleza, que aporta con su regeneración a cuanto ocurre en las diferentes secciones de la pirámide. Todo ello sostiene lo que sucede en esta injusta estructura, en donde unas personas acumulan o venden su fuerza de trabajo en un mercado en el que no todos ocupan posiciones intercambiables, al mismo tiempo que otros, otras, otras subsidian a quienes están arriba mientras enfrentan las dificultades de no figurar en la parte que cuenta.

Además, la economía feminista reinscribe lo económico en el marco de la *economía política*, recuperando de este modo una visión originaria, según la cual lo que mueve la economía es la reproducción social. El hecho de que la reproducción se torne dependiente de mercancías, precios, salarios, mercados de trabajo o renta... debería recordarnos que este no es más que un modo (político) de organizar la satisfacción de la subsistencia, sin duda imperfecto. Implica no solo decisiones acerca de qué se debe producir, cómo hacerlo, cómo acceder a los insumos necesarios, cómo distribuir los procesos, cómo repartir los beneficios, cómo facilitar las condiciones de fondo y restaurar las fuerzas para ello, etc., sino también cómo producir el tipo de sujetos útiles para poner en marcha toda la maquinaria. *Poner la reproducción en el centro* o *adoptar la perspectiva de la reproducción* permite desnaturalizar la ordenación capitalista de la vida para restituir la idea de que es el sostenimiento el que nos empuja a ordenar el mundo, y que esto precise de las decisiones y aportes de todas las personas. Sin duda, mercantilizarlo todo y dar primacía a la acumulación no ayuda en esta tarea.

La economía, la sociología y la antropología feministas resitúan, bajo esta óptica, *el trabajo*, los trabajos. Estos son considerados en toda su diversidad, poniendo el foco en aquellos que sostienen nuestra existencia material a diario y que se vinculan al hecho de que somos cuerpos que dependen física y emocionalmente del resto para el descanso, la alimentación, el afecto y la atención que precisamos en todo momento, particularmente en algunas etapas y coyunturas de la existencia. El trabajo de reproducción y cuidados aparece como un conjunto de actividades clave para el sostenimiento. Visibilizarlo y valorarlo es un paso, pero no es suficiente; además, debe cuestionarse el modo en que funciona y se reparte. Hace ya tiempo, las feministas advirtieron que mientras el trabajo doméstico y de cuidados esté en los márgenes y bajo la dependencia del salario —*el patriarcado del salario* del que habla Silvia Federici (2018)—, no podrá alcanzar un estatuto diferente; como mucho será parte de políticas de conciliación que contribuirán a maquillar el auténtico problema: la miseria temporal, espacial y social en la que se realiza, la obligatoriedad que supone para las mujeres y la precariedad en la que se desarrolla cuando es parte del mercado.

No sabemos cómo sería satisfacer el sostenimiento humano bajo condiciones no capitalistas, pero la propuesta de *subvertir la comunidad* (Dalla Costa y James 1972) abre la imaginación a nuevos modos de definir lo que precisamos y organizar su satisfacción. Frente a las presiones del mercado, las feministas han enfatizado en la apropiación del tiempo-espacio cotidiano que la vida asalariada tiende a minimizar. Si queremos vivir “bien” hemos de encerrarnos a trabajar en el mercado, y si vivimos mal con lo que tenemos, aumentaremos el tiempo de trabajo asalariado para lograr el ingreso necesario.

La *politización de la reproducción* en los feminismos contemporáneos en América Latina apunta a la reedición de este viejo problema bajo miradas renovadas. La tensión constante entre capital y trabajo, entre capital y reproducción de la

vida, en las actuales condiciones de extracción, explotación y, en muchos casos, aniquilación o borramiento, reformula el problema inherente a la dinámica del capitalismo, que al tiempo que exige más y más trabajos de nosotras —de todo tipo, incluidos muchos gratuitos y por amor— degrada las condiciones en las que estos se dan y nuestra vida misma a través del ejercicio de la violencia.

En este escenario nos corresponde recoger el reto de volver a imaginar los trabajos de reproducción y cuidados, invisibilizados o sepultados bajo capas y capas de discurso moralizador, para extraerlos de la lógica del sacrificio amoroso, tan funcional a la acumulación. Se trata, más bien, de reinscribirlos como un común: algo ordinario y algo a apropiarse de forma compartida. Ni inmanencia ni mera repetición; ni idealización ni contrapunto de la emancipación. Los trabajos domésticos y de cuidados se hallan subordinados e instrumentalizados, pero son necesarios para el diario vivir y deben ser recuperados como materia para la insubordinación.

Para avanzar en esta tarea, y aprovechando el extrañamiento que produce el trabajo artístico, formulo volver sobre lo doméstico y los cuidados para desatar contraste. La propuesta entonces es que yo hable de cómo se solía pensar el trabajo doméstico y de cuidados, de cómo lo reimaginan los feminismos hoy, para proporcionar algunas interrogantes con las que repensar el trabajo en el arte. Vean si lo que yo digo sobre lo doméstico aplica para este otro mundo. Así, podremos, quizás, contemplarlos a ambos bajo una nueva luz.

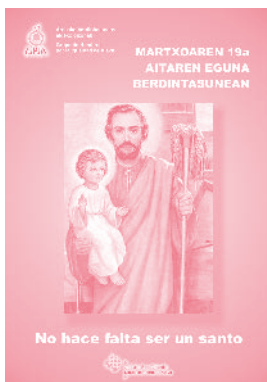
Imagen 1: eso que llaman amor...

El trabajo doméstico no es trabajo, es puro altruismo, contrapunto del mercado, que siempre necesita un afuera, un espacio otro (en el hogar), para poder realizarse plenamente. El *Homo economicus* se aguanta porque existe un lugar donde este guerrero

reposa. Puede ser racional porque en otro lugar los principios de la racionalidad maximizadora quedan suspendidos.

La naturalización de lo doméstico va de la mano con su mistificación. Lo que se brinda es inconmensurable, intangible, inigualable y, por lo tanto... impagable.

El trabajo casero es pura vocación que nace del corazón; es darse, anticiparse sin contraprestaciones. No deja de llamar la atención que el trabajo doméstico sea simultáneamente lo más degradado y degradante (la fregona, el estropajo, los pañales y todo lo asociado con el “trabajo sucio”), pero también lo más santificado.



Grupo de Hombres por la Igualdad de Álava, *Día del padre igualitario*, Euskadi, 2011
Obtenido de: <https://bit.ly/2Jn4xue>

El feminismo ha sacado a la superficie y desmitificado los quehaceres domésticos. Los ha colocado en su justo lugar; no sé si esto se haya alcanzado en el elevado y aurático mundo del arte. Se ha hablado de la carga que representan y de cómo la cultura popular los ha fijado en las mujeres, como si solo ellas pudieran hacerlos, como si solo ellas tuvieran las actitudes necesarias para ello. Lo que ha hecho el feminismo con el trabajo doméstico es quebrar esta mistificación, sacar a la luz los sinsabores que entraña y afirmar que es “trabajo no pago”.



Mujeres Públicas, *Explotación: utilización del tiempo y el trabajo de las mujeres en beneficio de otros*, Buenos Aires, 2005. Obtenido de: <https://cutt.ly/bT4fAS>

Es en este sentido en el que la vieja fantasía de la huelga —algo que cualquier mujer que enfrente a diario las tareas de casa ha anhelado con una mezcla de deseo de venganza y afán de liberación— se convierte en algo plenamente vigente. Un anhelo y una realidad que hoy el feminismo rescata en algunas partes del mundo.



Setasfeministas, *Llamado a la huelga feminista*, España, 2017
Obtenido de: <https://cutt.ly/AT4f3R>

Ahora, ¿cabe imaginar la huelga de quienes trabajan el arte?, ¿qué anima dicha huelga?, ¿qué realidades materiales y mistificadas, sucias y limpias, invisibles e hipervisibles toca atravesar para lanzarla?

Imagen 2: mujeres inactivas

Otra idea paradójica a desmontar ha sido la del trabajo doméstico y de cuidados como trabajo dependiente, una idea que se expresa tanto en el sentir común como en el de los expertos de la estadística, para los que es categorizado como “inactivo”. Se trata, sin duda, de una imagen caduca que las feministas socialistas comenzaron a cuestionar en las discusiones que antecedieron al célebre “debate sobre el trabajo doméstico” en la década de los sesenta (Benston 1969). La idea era, ni más ni menos, que las amas de casa eran parasitarias respecto a los esposos, consumidoras del ingreso. Por extensión, el trabajo doméstico era trabajo dependiente.



Red Women Workshop, *Capitalism also depends on domestic labour*, Londres, 1975
Obtenido de: <https://cutt.ly/hT4gs8>

La poderosa cadena de montaje de los años setenta que se ve en la imagen ayuda a reformular el problema. Quienes trabajan en la casa no solo no son dependientes del capitalismo a través del esposo, sino que es el capitalismo el que depende de su trabajo para reproducir al esposo-empleado y proporcionar su reemplazo generacional. Y esto es precisamente lo que hace que se quiera ocultar, devaluar y asignar a las mujeres; reconocer el aporte que representan saldría demasiado costoso.

En 1972, Mariarosa Dalla Costa planteó que el trabajo doméstico es “productivo” puesto que, aunque no se haga en condiciones capitalistas, aunque no sea valorizado por capital alguno, aunque no se haga respecto a un capital constante, produce la mercancía central para la pervivencia del sistema: la fuerza de trabajo. Se trata entonces de “una forma enmascarada de trabajo productivo” (1972, s.p.). El trabajo doméstico y de cuidados es una pieza fundamental de la reproducción social, y la divisoria entre producción y reproducción, producción de valores de uso y reproducción de los individuos, creación de valor y no valor, que en el capitalismo responden a una operación política. La propuesta, consecuentemente, es romper la división entre el trabajo en lo público y lo privado, pensar en formas de agitación y huelga y exigir el salario para el trabajo doméstico.

Parece claro que el trabajo artístico produce valor de cambio; es un trabajo visible y nadie pone en duda su carácter productivo. ¿En qué consiste entonces el ocultamiento y enmascaramiento?, ¿qué parte de la cadena queda en la penumbra y cómo contribuye en la reproducción del todo?

Imagen 3: no produce nada útil

Otra idea común que el feminismo hubo de desterrar es que el trabajo doméstico y de cuidados se realiza de forma mecánica, se repite sin variaciones y no entraña creación alguna, una percepción bien distinta a la que tenemos del arte, ¿no es cierto? Simone de Beauvoir, una pionera del feminismo en la década de los cincuenta, se hizo eco de esta idea, cuya consecuencia era el rechazo de lo doméstico. Ella decía “... lo que vuelve ingrata la suerte de la mujer-sirvienta es la división del trabajo que la consagra por entero a lo general e inesencial” (1975, 218). Vacío, inutilidad, desgaste, indignidad; en definitiva, pura inmanencia.

Así, el trabajo que la mujer realiza en el interior del hogar no le confiere ninguna autonomía; no es directamente útil a la colectividad, no desemboca en ningún porvenir y no produce nada. Solo adquiere su sentido y dignidad si es inte-

grado a existencias que trascienden a la sociedad en la producción o la acción (1975, 221).

Y a pesar de que es preciso subrayar la subordinación que este trabajo entraña cuando cae exclusivamente en las espaldas de las mujeres y cuando es desvalorizado, pronto las feministas llamaron la atención sobre la complejidad que representa. Muchas artistas, cineastas, *performers*, etc., se dedicaron a explorar el carácter alienante de este trabajo.

Martha Rosler, en *Semiotics of the Kitchen* (1975), reprodujo como una autómatas un conjunto de acciones sobre el uso de los utensilios de cocina deshumanizando dicho espacio y la actividad.



Martha Rosler, *Semiotics of the kitchen*, Estados Unidos, 1975. Obtenido de: <https://bit.ly/2LLuky2>

En ese mismo año, la cineasta belga Chantal Ackerman filmó un largometraje, *Jeane Dielman*, en el que una señora, encerrada entre las cuatro paredes de su casa, practica de forma lenta y exasperante una serie de rutinas caseras a las que más tarde se suma el sexo (con un cliente). Pura alienación.

En la década de los ochenta, la aproximación fue sumando todas las implicaciones intersubjetivas que entraña el quehacer doméstico y, de forma particular, el cuidado de las personas.

Lejos de estar dirigido a un otro abstracto, las tareas aparecen cualificadas, personalizadas, plagadas de valores y atributos que, si bien son socioculturales, conllevan la presencia de modos y lazos singulares en su realización. Se trata, en definitiva, de trabajo creativo, cualificado y personalizado, algo que nadie negaría para la producción artística, donde las interrogantes se refieren, más bien, a la alienación que puede llegar a entrañar.

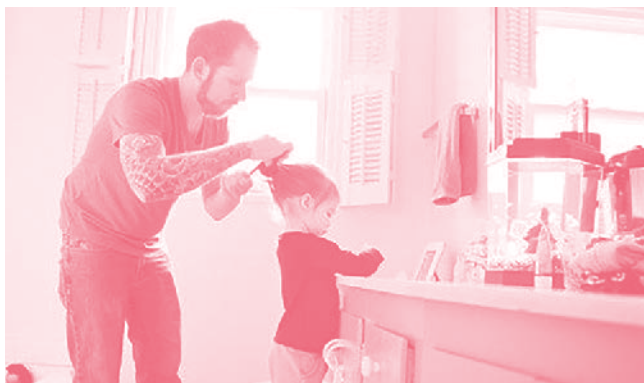


Matías Bruno, *Coreografías del cuidado. Ensayo fotográfico*, Argentina, 2012.
Obtenido de: <https://bit.ly/2X0gC3R>

Las tareas no solo se despliegan de forma intersubjetiva, es decir, imaginativa, sino que en este juego producen a los propios sujetos: personas que fluyen entre el hacer y el recibir. Y esto vale tanto para cuidar a un niño o a un enfermo como para regar plantas, comprar y preparar comida, arreglar la habitación, apoyar en las tareas o parlamentar con el profesor en el colegio.

Imagen 4: **saberes profanos**

A pesar de que el trabajo doméstico y de cuidados lo puede hacer cualquiera, precisamente por estar atravesado por el (des)afecto, la implicación con el/la otro/a, y las condiciones en las que se realiza (tiempo, espacio, dinero, compañía, recursos, servicios, etc.), es un trabajo que entraña actitudes, aptitudes y saberes.



Tomada del texto: Vega, Cristina. 2017. *Paternidad y patriarcalidad*. <https://bit.ly/2YISsVD>

Lejos de la concepción descualificada con la que se suelen abordar, en su ejecución estas actividades suponen una gran complejidad, que el feminismo ha redescubierto al considerar la entrada de estos trabajos en el mercado y contemplarlos desde un punto de vista profesional. Enfermeras, educadoras, auxiliares, asistentes personales, acompañantes, ayudantes domiciliarias... todas aquellas empleadas que, a través de sus pugnas, han quedado apenas del lado de quienes se distinguen como profesionales y hacen valer sus conocimientos a través de distintas formas de reconocimiento.

Para movilizar a un enfermo se requiere de una técnica corporal; para contener a un anciano se precisa de un manejo emocional; para guiar a un adolescente hace falta una serie de destrezas en la escucha; para atender un domicilio hay que tener una cantidad de habilidades para evitar accidentes. Ciertamente, muchos de los saberes para realizar estas actividades nacen de cualificaciones sociales ligadas al continuo sexo-cuidado-atención (Precarias a la Deriva 2004) en el que se gesta la socialización femenina. Sin embargo, esto no quita que deban ser reconocidas, dignificadas y adecuadamente pagadas.

La tensión entre “cualquiera puede hacerlo” y “para hacerlo bien hay que saber” implica que el trabajo de hogar, asalariado y no

asalariado, debe ser identificado, dignificado, retribuido y dotado de derechos, superando así las ambigüedades que se desprenden del “ser como de la familia”.



Banksy, *Maid in London*, 2006. Obtenido de: <https://bit.ly/2XyNs4A>

A esta lucha se han sumado de forma decidida las trabajadoras remuneradas del hogar, que se han organizado en sindicatos por todo el mundo y han reclamado derechos como empleadas: inclusión en el régimen general de trabajo, regulación del tiempo de trabajo y del salario, abolición de la modalidad “puertas adentro” y del pago en especies, seguro de desempleo, vacaciones remuneradas, permisos de cuidado, maternidad, enfermedad, etc. Última hora: “se acabó la esclavitud, también en el servicio doméstico” (Territorio Doméstico 2010).



Emblema de SINUTRHE, Ecuador. Obtenido de: <https://cutt.ly/hT4adw>

No sé qué pueda decir todo esto para el arte; qué diga esta tensión entre “cualquiera puede hacerlo” y “es saber cualificado”, cualificado socialmente como un hacer en femenino. Quizás sea importante interrogarnos sobre cómo se ha hecho valer el conocimiento o cómo se ha limitado la entrega (en tiempo, afecto, etc.); o cómo se han navegado las ambigüedades propias de la “familia artística”.

Imagen 5: la olla y la calle

Cuando hablamos de trabajo doméstico y de cuidados solemos visualizar a una señora, que está en su casa, donde no hay nadie más aparte quizás de algún niño pequeño; ella enfrenta en solitario las tareas de su hogar. Esta imagen preponderante sobre el trabajo reproductivo dominaba los debates feministas hasta hace bien poco.

Lo cierto es que la realidad es bien distinta, especialmente cuando la contemplamos desde ciertas partes del planeta, donde se entreteje con las labores agrícolas, el aprovisionamiento de agua, el cuidado de los animales o la olla común. Todas estas actividades se realizan fuera de la casa, entre el hogar y la parcela, en las calles del barrio o en el entorno de la comunidad. Lejos de llevarse a cabo en solitario, se hacen de manera colaborativa entre mujeres y, con frecuencia, este hacerse en común forma parte de un proceso de lucha que tiene dos componentes: sacarlo a la calle y socializarlo para poderlo afrontar cuando las condiciones son hostiles, y hacerlo afuera y colectivamente como una estrategia de reclamo. En las luchas de reproducción se conjugan ambas dimensiones (Vega 2018).



Tomada del texto: Cavallero, Luci y Verónica Gago. 2018. "La escritura en el cuerpo de las mujeres".

Página 12. <https://cutt.ly/pT4aMj>

En América Latina existe una larga tradición en este sentido, aunque esta se ha considerado más atendiendo a su componente político y su impacto en las identidades de género que a la trama de tareas y relaciones que posibilita (Vega, en prensa).

Visto desde la cotidianidad y desde los trajines populares, advertimos que el trabajo doméstico y de cuidados, lejos de ser actividades discretas, se presentan de forma entretrejida. Los alimentos preparados en el hogar los consume la familia, pero también otros trabajadores del predio, o se venden en el mercado; se cocina para la casa y para el comedor de la escuela o un restaurante propio; el cuidado de los hijos se extiende por fuera de la vivienda cuando se realizan las labores agrícolas conjuntas o se acude a vender en la plaza junto con otras mujeres. Se ordeñan los animales de una, pero también, y por una pequeña paga o contraprestación, los de los vecinos. Como se puede ver, la separación entre lo productivo y lo reproductivo no resulta nada nítida en estos contextos, y tampoco parece plausible la figura de un ama de casa que opera en solitario movida por la mística del cuidado.

Lo doméstiko bien puede ser un común y hacerse en común.

No significa que no recaiga en las mujeres, pero no siempre ocurre que esto las separe y las aisle. Cada vez resulta más estimulante recuperar un imaginario acerca de la reproducción colectiva, tanto en los modos de afrontamiento como en los procesos de lucha y en la experimentación política y de las políticas (Vega, Martínez y Paredes 2018).



Estefany Bravo S., *Marcha de mujeres amazónicas en defensa de sus territorios, Día de la Mujer*, Puyo, 2016. Tomado de: <https://cutt.ly/6T4sj0>

Frente a políticas viejas que escinden el sostenimiento del combate y la demanda, las luchas actuales —por el territorio y sus fuentes de vida, contra la crisis y el ajuste, contra la explotación y el abuso de la tierra y de los cuerpos— ponen la reproducción en el centro como un laboratorio del hacer colectivo frente a la domesticación.

Algo parecido valdría, creo yo, para el hacer artístico, donde la autoría individual, solitaria, reflexiva y autocontenida hace tiempo dejó de ser la narrativa maestra. Lo que no vale tanto es esa coexistencia entre producción, reproducción y política. ¿O sí?

Imagen 6: emanciparse, deshacerse de él

Del rechazo al trabajo doméstico y de cuidados, promulgado por una parte de la tradición feminista, se desprende que la solución a la sobrecarga femenina no remunerada pasaría por socializarlo en el Estado o en el mercado. Y si bien esto, que existan servicios y recursos, mejor desde lo público, resulta fundamental, lo cierto es que, en tiempos de neoliberalismo, no ha venido exento de problemas.

La socialización ha sido más bien limitada y, para algunos sectores, ha implicado nuevas desigualdades. El reclamo de servicios y ayudas públicas ha alcanzado o bien a sectores cuya inserción laboral estaba formalizada, lo que les ha permitido solicitar guarderías, desgravaciones fiscales o permisos, o bien a quienes se encuentran en estado de exclusión, constituyendo el receptáculo de políticas asistencialistas y focalizadas, como bonos o servicios mínimos. Por otro lado, la socialización en el mercado se ha producido en un contexto de creciente precarización de los empleos, particularmente de los asociados al cuidado, ya de por sí bastante degradados. Muchas mujeres migrantes han ocupado estos trabajos y la fragilidad del estatuto migratorio se ha sumado a la tradicional degradación del sector doméstico y de cuidados.



ACSUR Las Segovias, "Un futuro de cuidados", Noticiero Intercultural, España, 2007

Las cadenas globales de cuidados han sido una expresión de estas transferencias precarias. Eslabón por eslabón, se ha ido generando un continuo de desigualdades e injusticias concatenadas y bastante alejadas del horizonte de emancipación que cabría vislumbrar para todas.

De igual modo, el arte se ha hecho de encadenamientos precarizados, en los que unos han dependido de otros, de manera que ni los réditos simbólicos ni los económicos se han socializado por igual. Subvenciones, externalizaciones y subcontrataciones han sido parte de esta historia.

Imagen 7: ... de mujeres

Ciertamente, el trabajo doméstico y de cuidados es un trabajo de mujeres. Sin embargo, no de todas por igual.

En América Latina, como en otras partes del mundo colonizado, estas labores fueron asignadas a mujeres negras e indígenas. Algunas niñas fueron dadas en el régimen de criadazgo para cumplir con este cometido, primero en la casa de los españoles, más tarde en la de los criollos, en haciendas y también en las ciudades. Patriarcado y colonialismo se conjugaban con una suerte de familismo civilizatorio que fijaba la subalternidad de niñas y mujeres. La patria potestad establecía el “encadenamiento jerárquico” que vinculaba el mundo público (de los ciudadanos, el derecho civil y el patrimonio) al mundo privado de la familia extendida. Para Barragán (1997) dicha figura remite al poder y autoridad que tenían los hombres sobre sus esposas e hijos, y la legitimación del uso de la violencia. El orden, de género y raza, dependía de la honorabilidad del linaje y producía una geometría articulada a partir de la distinción entre ciudadanos e indígenas, hombres y mujeres, mujeres de buena fama y de mala fama (racializadas), hijos legítimos e ilegítimos, etc. La segunda parte de estos pares estaba formada por pupilos y menores de edad, quedando así restringido su acceso al derecho civil y pudiendo ser sometidos al uso privado de la violencia.



Ousmane Sembene, *Le noir de...*, Senegal, 1966. Obtenido de: <https://cutt.ly/AT4sDI>

Con la independencia, y tal como narra esta película de Sembene para el Senegal poscolonial, la jerarquía se rehízo, pero las mujeres siguieron atrapadas en un orden de género, raza y clase en el que las señoras blancas de las metrópolis se subordinaban a los varones blancos, ejerciendo al tiempo sus privilegios sobre sus criadas negras. El encadenamiento se perpetuó y con él, la cultura de la sumisión y la jerarquía racial, también entre mujeres.

El debate sobre las intersecciones en la dominación parece bastante alejado de las discusiones en el ámbito del arte y, sin embargo, resultan cruciales en un mundo donde la subalternidad se replica en todos los entornos.

Imagen 8: ... de heterosexuales

Recuperar, desde los feminismos, un imaginario sobre las jerarquías coloniales en la crianza y lo doméstico corre en paralelo al desplazamiento de los cuidados como naturalmente heterosexuales.

Esta idea, actualizada por los fundamentalismos religiosos que recorren el mundo, defiende el “diseño original” (familia = papá, mamá, hijos y fetos... blancos de clase media) contra toda evidencia.



Marcha *Con mis hijos no te metas*, Lima, 2018

Estos grupos han hecho de la protección de la infancia un caballo de batalla contra la denominada ideología de género, y han propagado imágenes sobre la degradación moral y el contagio de la homosexualidad, el individualismo y hedonismo de las mujeres que abortan o la desprotección en la que se incurre a través de la educación sexual en las escuelas. La familia heteronormal se presenta como un remanso de paz, armonía y felicidad, en donde se ejerce el monopolio del cuidado.

Frente a esta figuración paradisiaca, tan alejada de la realidad, incluso de la de quienes la anhelan como modelo para la restauración del orden, emergen formas de concebir los cuidados no como una mistificación patriarcal, es decir, bajo un esquema de subordinación y división sexual del trabajo, sino como parte de una trama situada en un mar de contradicciones y dificultades. Es en estas circunstancias en las que conviene recuperar las sabias palabras de la poeta afroestadounidense Audre Lorde:

como madre negra lesbiana en un matrimonio interracial, existían garantías de que en condiciones normales alguna parte de mí ofendería los cómodos prejuicios de alguien sobre quién debía ser yo. Así es como aprendí que si no me definía por mí misma quedaría atrapada en las fantasías que otras personas tenían sobre mí y me comerían viva. Mi poesía, mi vida, mi trabajo, mi energía para la lucha no eran aceptables a no ser que pretendiera ajustarme a las normas de otros. Aprendí no solo que no podía jugar ese juego, sino que la energía que precisaba esa mascarada se desaprovecharía para mi trabajo. Y había bebés a los que criar y estudiantes a los que enseñar (1984, 137; traducción mía).



Tomado del texto: Biren, Joan. 1987. *Making a Way: Lesbians Out Front*; Frances Clayton y Audre Lorde en Staten Island, 1981.

¿Es el orden en el arte patriarcal, heterosexual, racista? ¿Dice algo este desmontaje de los presupuestos en el universo de la producción de arte? ¿Cuáles están siendo las impugnaciones? ¿Cuáles, las presencias?

Imagen 9: cuidadoras cuidadas

Un modo habitual de representarnos el trabajo doméstico y de cuidados es a través del vínculo entre quienes cuidan y quienes son cuidados y dependen del primer grupo. Desafiar esa imagen, una invitación que ha provenido más bien de los colectivos que

han quedado encuadrados en este último grupo, implica revisar las relaciones de interdependencia que se establecen en la reproducción. En ella, las viejas son cuidadas, al igual que los niños y los enfermos, mientras que los adultos trabajan y las adultas proveen la atención. Todo un montaje sobre la ciudadanía basado en la centralidad de un sector en un momento del ciclo vital.

Algunas experiencias han retado esta visión, y con ella, la del envejecimiento, la enfermedad, la infancia y la diversidad funcional.



La comunidad Awicha, en Bolivia. Obtenido de: <https://fiapam.org/cooperacion/bolivia/>

Awicha, en Bolivia, es una comunidad autogestionada de ancianas y ancianos aymaras creada en 1985 en Pampajasi. Desplazadas de su entorno original, las ancianas, que carecían de las condiciones para cuidarse en la ciudad —que van desde el idioma hasta las costumbres, la tierra, la cercanía y los valores de reciprocidad—, se autoorganizaron de forma autónoma para “ayudarnos entre nosotras a vivir y morir juntas en la ciudad” (Zerda y Mendoza 2002). El resultado son varios grupos cuyos miembros se brindan apoyo mutuo, reparten el trabajo cotidiano y toman decisiones de forma asamblearia. En las casas comunales se crían animales pequeños como conejos o pollos, y se tienen fogones como en el campo, donde se cocina de forma colaborativa. Hilan lana y la venden a un grupo de personas ancianas en Suecia. Como dice la awicha doña Liuca,

no quiero rejuvenecer, ya he sido niña y he corrido, he jugado como niña, ya he sido joven y he bailado, he enamorado, he gozado y sufrido mi juventud, he criado hijos y me han dado alegrías y penas, ahora quiero ser vieja, quiero gozar y sufrir mi vejez, eso es lo que correctamente me toca (Zerda y Mendoza 2005, 9).

Lejos de la visión supeditada de las ancianas, estas mujeres exponen la vulnerabilidad del envejecimiento no desde la dependencia, la carencia y el encierro, sino desde una interdependencia necesariamente acompañada.

Extendiendo la refiguración que se propone, sería necesario hablar de los “dependientes” en el arte, los “productivos”, los receptores y consumidores, para de ahí extraer los presupuestos sobre los que se ancla la condición del artista y su entorno, poniendo bajo la lupa su carácter autónomo, capacitado, corporalmente ordinario, etc.

Imagen 10: trabajo humano



Cristina entrevista a Juana: “Estoy dando de comer a las gallinas, la Blanca, el Marcelo, el Rafael (igual que el papá de su papá). Las palomas se comen la comida, por eso les doy de comer adentro (granero) [...] A mí ya me conocen, por eso no se corren, en cambio de usted sí se corren” (4 de mayo de 2016).

Según narra la antropóloga Cristina Vera (2017), en su tesis sobre la historia visual de tres mujeres kichwas que fueron “dadas” como criadas en la casa de su familia en Otavalo, Juana teje, y

cuando el sol baja, sale a alimentar a sus gallinas y regar las frutas y verduras que siembra durante todo el año, poniendo en práctica conocimientos que ella posee sobre la tierra y la crianza de los animales. En sus tareas diarias, su atención ya no se dirige tanto hacia los humanos como hacia su chacra y sus gallinas, a las que observa con detenimiento, al igual que a los árboles y el viento.

A pesar de haber centrado nuestros esfuerzos en el componente humano de la reproducción, esta está ligada al entorno natural —la tierra, el agua, el aire, el río, los cerros o el sol— que proporciona algo más que recursos e infraestructuras para el desarrollo. Provee saberes, modos de hacer, rituales, espíritus que hablan y señales por doquier que anuncian el destino, el curso de los acontecimientos y las prácticas de curación. Todo ello desplaza el tradicional antropocentrismo al que también ha estado sujeto el análisis del trabajo doméstico y de cuidados en el feminismo.

Las acusaciones de brujería que han enfrentado muchas mujeres mayores con el fin de arrebatarles tierras y saberes, se han asociado a estas ensoñaciones con la naturaleza animada, a estos lenguajes que han puesto el cuidado en otro plano, al que se han aferrado las mujeres y los pueblos indígenas.

El arte y la ensoñación, la naturaleza y la imaginación artística, el antropocentrismo y el arte humano.

Y aquí concluye este recorrido, a la espera de que se prolongue el diálogo sobre los imaginarios compartidos y no compartidos. El extrañamiento nos insta, en todo caso, a repensar los principios bajo los que hemos reflexionado y experimentado los trabajos, todos ellos atravesados por el impulso de sostenernos y expandir dicho impulso, autónomo y colaborativo, más allá del cercamiento doméstico y la precariedad. La perspectiva y la fuerza de la reproducción, bajo las que pensamos la economía y la vida común, bien pueden ser nuestra guía.



**¿Es el orden en el arte patriarcal,
heterosexual, racista? ¿Dice algo este
desmontaje de los presupuestos en
el universo de la producción de arte?
¿Cuáles están siendo las impugnaciones?
¿Cuáles, las presencias?**

Referencias

Barragán, Rossana. 1997. “Miradas indiscretas a la patria potestad: articulación social y conflictos de género en la ciudad de La Paz, siglos XVII-XIX”. En *Más allá del silencio: las fronteras de género en los Andes*, compilado por Denise Arnold, 407-54. La Paz: Ciasa-Ilca.

Beauvoir, Simone de. 1975. *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo XX.

Bruno, Matías. 2012. “Coreografías del cuidado. Ensayo fotográfico”. En *Lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado*, editado por Valeria Esquivel, Eleonor Faur y Elizabeth Jelin, 206-59. Buenos Aires: IDES.

Cavallero, Luci, y Verónica Gago. 2018. “La escritura en el cuerpo de las mujeres”. *Página 12*. 14 de septiembre. <https://www.pagina12.com.ar/142145-la-escritura-en-el-cuerpo-de-las-mujeres>

Dalla Costa, Mariarosa y Selma James. 1972. *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*. México D. F.: Siglo XXI. <https://patagonia-libertaria.files.wordpress.com/2014/10/mariarosa-dalla-costa-las-mujeres-y-la-subversion-de-la-comunidad-1971.pdf>

Federici, Silvia. 2018. *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Lorde, Audre. 1984 [2007]. *Sister Outsider: Essays and Speeches*. Berkeley CA: Crossing Press.

Precarias a la deriva. 2004. *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Página de Facebook del Sindicato Nacional Único de Trabajadoras Remuneradas del Hogar de Ecuador (SINUTRHE), acceso el 16 de junio de 2019, <https://www.facebook.com/sinuthe.ec>

Página de Facebook de Territorio Doméstico, acceso el 08 de julio de 2019, <https://www.facebook.com/territoriodomestico/>.

Polanyi, Karl. 1989. *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid: Ediciones de La Piqueta.

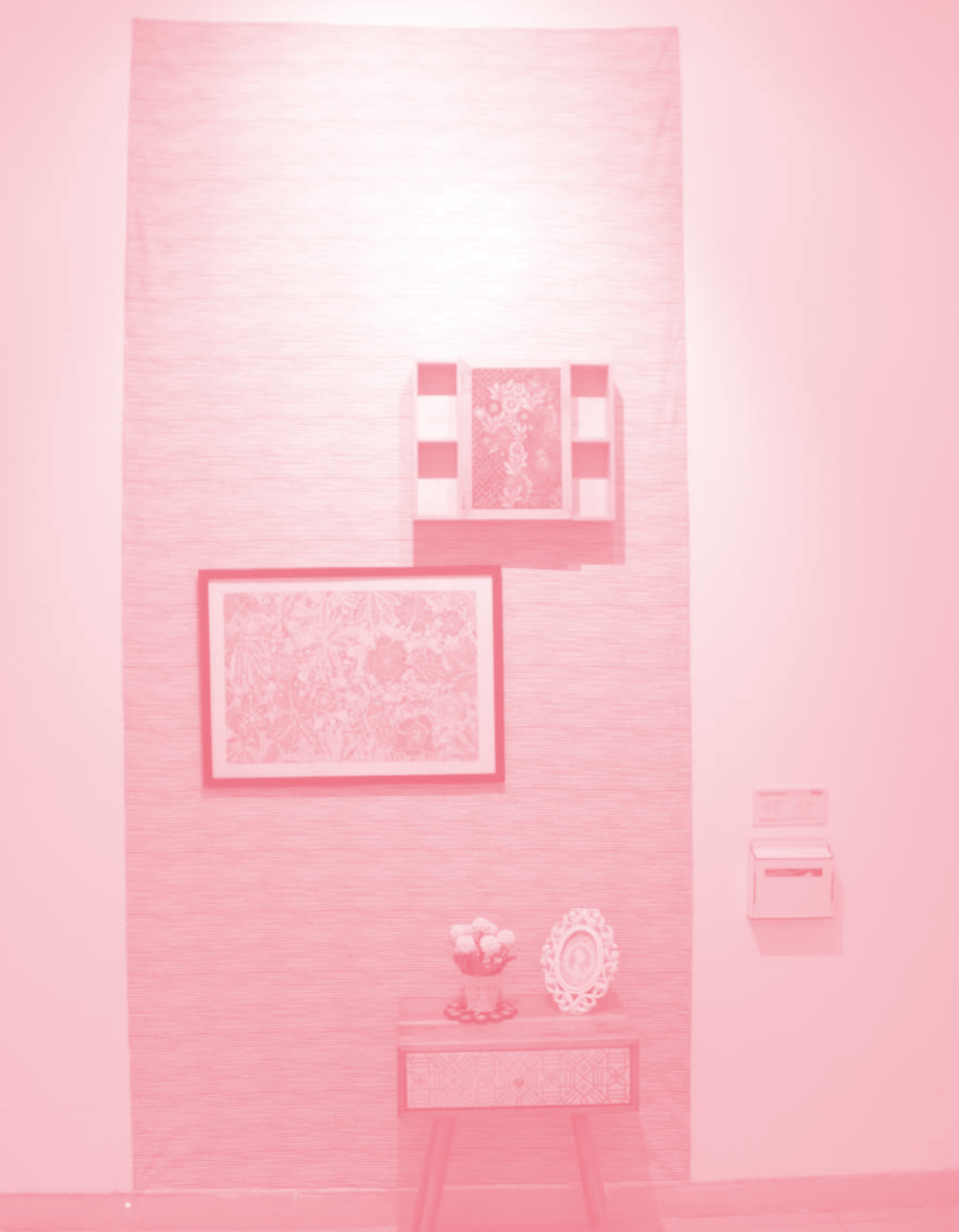
Vega, Cristina. 2018. “Rutas de la reproducción y el cuidado por América Latina. Apropiación, valorización colectiva y política”. En *Comunalidad, tramas comunitarias y producción de lo común. Debates contemporáneos desde América Latina*, coordinado por Raquel Gutiérrez, 109-60. Oaxaca: Pez en el Árbol.

—. En prensa. “Reproducción social y cuidados en la reinención de lo común. Aportes conceptuales y analíticos desde los feminismos”.

Vega, Cristina, Raquel Martínez y Myriam Paredes, ed. 2018. *Cuidado, comunidad, común. Experiencias cooperativas en el sostenimiento de la vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Vera, Cristina. 2017. “Construcción de subjetividades femeninas en entornos domésticos poscoloniales del cantón Cotacachi: invisibilización, autonomía y trabajo con la imagen”. Tesis de maestría, FLACSO, Sede Ecuador.

Zerda, Mercedes y Javier Mendoza. 2005. *La comunidad Awicha en La Paz, Bolivia. Experiencia participativa de personas de edad indígenas migrantes*. <https://jubilares.files.wordpress.com/2013/10/la-comunidad-e2809cawichae2809d-en-la-paz-bolivia.pdf>



Obra de Shirma Guayasamín en Zoco. Fotografía: Tania Navarrete